

DISCURSO

PRONUNCIADO EL DÍA 9 DE FEBRERO DE 1870 SOBRE
EL PRESUPUESTO DEL MINISTERIO DE LA GUERRA.

Señores Diputados, aunque el Sr. Presidente del Consejo de Ministros me amenace, como amenazó la otra noche á mi amigo el Sr. Soler, con el Ministerio de la Guerra, tendré la osadía de tratar, delante del Sr. Presidente del Consejo de Ministros, cuestiones guerreras.

Mi enmienda encierra dos partes: la una relativa al reclutamiento del ejército, y la otra relativa á la organización del ejército; organización que todos los días estamos pidiendo, y que nunca llega á pasar de tantas y tan repetidas instancias contestadas por tantas y tan repetidas promesas. Yo no hubiera hablado de este capítulo del presupuesto que se discute, si no viera en él amenazas, y amenazas próximas, de una nueva quinta. Pudiera haberme satisfecho la explicación que la otra noche nos dió el Sr. Presidente del Consejo de Ministros, si en esa explicación no advirtiese que S. S. piensa traernos la quinta empeorada, la quinta agravada. Y, Sres. Diputados, no

se puede votar la quinta bajo ningún aspecto; no se puede votar la quinta bajo ninguna forma que se presente. La quinta no puede votarla este Congreso sin que falte á grandes y trascendentales compromisos, que pueden traer á su vez grandes y trascendentales consecuencias. Los gobiernos democráticos son gobiernos de opinión. Las libertades sirven para que la opinión se forme y reine. Y yo no conozco opinión que esté más formada y arraigada en la conciencia y en el ánimo del pueblo que la opinión contra las quintas. Ha pasado á ser una fórmula de todo el partido liberal.

Desde 1845 la sostuvo aquí el ilustre decano del partido democrático, cuya ausencia tanto lamentamos, el Sr. Orense, cuando no se llamaba más que progresista. El actual Sr. Ministro de la Gobernación, en aquel periódico á cuyo alrededor nos encontrábamos todos, clamaba diariamente por la abolición de las quintas, y para que esa idea llegara hasta las últimas clases de la sociedad, la grababa en fórmulas concisas y rápidas, eco de incontrastables aspiraciones. El Sr. Ministro de Ultramar, que ahora me escucha, ha firmado mil veces conmigo, en manifiestos de todos conocidos, la necesidad, la urgencia de esta reforma. El general Prim, cuando llamaba los pueblos á las armas en aquella revolución de Agosto, verdadero proemio de la revolución de Septiembre, aseguraba también que no volvería á haber quintas en España. Las juntas revolucionarias confundieron

el grito de ¡abajo las quintas! con el grito de ¡abajo los Borbones! Los Diputados, y si no registrense los programas electorales, los Diputados todos, ó casi todos, han prometido la abolición de quintas, y cuando en la agitación de las elecciones y delante de los comicios, en el instante mismo en que se va á recoger la voluntad y la conciencia del pueblo para formularlas aquí en leyes, se da una promesa, no se puede de ninguna suerte esa promesa olvidar sin que se pierda toda noción de moral política y todo sentimiento de la más sencilla consecuencia, y se congele, por tanto, en la conciencia pública ese escepticismo político que, tarde ó temprano, mata á las naciones.

Las quintas son incompatibles, y por consiguiente el capítulo xxx es incompatible con la Constitución que habéis votado. Las quintas hieren la personalidad humana, hieren la familia, destruyen el hogar.

Los jóvenes no pueden dedicarse á una profesión por el temor de verla interrumpida por esa fúnebre lotería. No pueden consagrarse á fundar la familia en la edad más propia para ello, por el temor de que en el momento en que la funden venga el número fatal y la disperse y la mate, como una bomba asfixiante. Hasta el amor á la patria se vulnera por la ley de quintas; porque el amor á la patria para el campesino, ciertamente no es el amor á la totalidad de la nación, como lo es en nosotros, que lo vamos elevando hasta el amor humano; es el amor al suelo donde se mecía su cuna; al hogar donde oyera la voz de su madre ó

recibiera la bendición de sus abuelos; al árbol que le protegió con su sombra; á la fuente que apagó su sed, al templo donde se evaporaron sus oraciones y sus lágrimas; á los campos donde jugara de niño con sus compañeros, y á la ventana misteriosa desde la cual una mirada, una sonrisa, despertaron los primeros amores; á aquella tierra, de cuyo jugo es la sangre de sus venas; á aquel cielo, en cuya luz se bruñe un pensamiento; amor á la patria que se confunde con todos los amores de la vida; y arrancarlo de allí, trasplantarlo de allí con las leyes bárbaras de la quinta, es cometer un asesinato peor que el asesinato del cuerpo; es cometer el asesinato de la esencia de nuestra vida, el asesinato del alma.

Yo no comprendo que ninguno que haya vivido en un pueblo pequeño pueda abogar por las quintas. Yo me he criado en uno de ellos, en uno de esos pueblos donde el dolor de cada individuo es el dolor de todos, y sin afectación diré, no por deseo de declamar, sino porque es verdad, que no puedo recordar los nefastos días de las quintas sin que me sienta en lo más hondo de mi corazón, en lo más vivo de mi alma, conmovido.

Recuerdo aquel tablado que se levantaba como un patíbulo. Recuerdo aquellos jóvenes que subían pálidos, ojerosos, trémulos, á meter la mano en el cántaro y á buscar el porvenir que les deparaba el capricho de la suerte. Recuerdo aquellos gritos, gritos de alegría de un lado, gritos de horror de otro, contraste que hacía más fúnebre y más terrible la tristeza

de los desgraciados. Recuerdo aún los ecos que salían de todos los hogares castigados por la terrible sentencia del nefasto sino. Recuerdo el día en que los jóvenes tenían que partir y tocaban las cuerdas de su guitarra, cuando en realidad se rompían las cuerdas de su corazón. Recuerdo aquel día en que tenían que confundirse sus alegres cánticos con el amargo lloro de sus madres.

Recuerdo también cuánta terrible historia, cuánta escena espantosa en aquellos juicios de exenciones. La inmoralidad á que estos juicios dan margen, no puede de ninguna manera describirse. Hay jóvenes que se cortan un dedo; hay otros que se arrancan un ojo; hay algunos que apelan al último remedio, al suicidio. Los he conocido y podría citarlos.

Sí, Sres. Diputados: no hay nada, absolutamente nada más espantoso que la quinta. Don funesto fué éste, don funestísimo de Napoleón el Grande. Antes del Emperador, los ejércitos que defendían la libertad y la república en Francia, ejércitos de una táctica y de un valor casi homéricos, esos ejércitos no fueron obra de la quinta, esos ejércitos fueron obra del entusiasmo popular; esos ejércitos de gigantes, esos ejércitos de bronce, se forjaron fuertemente en el horno de las revoluciones.

Cuando Napoleón llegó al Directorio, comprendió que la república podía tener un ejército de voluntarios, porque la república era la libertad, era el derecho, era la humanidad, mientras que él, él que aspi-

raba á la gloria de ser dictador, á la gloria de ser César, no podía tener ejércitos voluntarios; porque si la república era la dignidad, la libertad y la humanidad, el imperio no era más que la miserable apoteosis del orgullo y de la ambición de un solo hombre.

Así es, Sres. Diputados, que parece la vida de Napoleón, toda entera, transcurrida para demostrar lo perverso y lo inútil de las quintas.

Todas sus guerras son guerras de quintos. En el Consejo de Estado llamaba á la quinta la purificación del sentido moral del pueblo, y la raíz de su vida. Y sin embargo, ¿sabéis cómo cuidaba aquel hombre de esa raíz del pueblo? No me creáis á mí, creed á los autores que han tratado de sus campañas últimamente, á Charras, á Quinet, á Lanfrey, á Barni, á Proudhon. Sacrificaba á sus ensueños loca, insensatamente, 500.000 hombres en España. Iba en pos de su propia gloria por los campos de Marengo, y descuidaba socorrer á los soldados de Massena, ofensa que no le perdonaron jamás aquellos valerosos veteranos de la libertad. Enviaba 35.000 hombres sacados de entre los republicanos, á la guerra de Santo Domingo, para que allí perecieran, porque podían ser un obstáculo á sus planes y una sombra letal á sus desapoderadas ambiciones. Después, en la batalla de Austerlitz, sacrificaba un ala entera de su ejército, sólo para que los aliados cayeran en el lazo de su táctica, cuando tenía 40.000 hombres aún fuera de fuego. En la Moscovah, á pesar de que los soldados

pedían á gritos que entrara la guardia en batalla, no quiso consentirlo, lo cual dió á aquella victoria un tinte más sangriento y un precio más costoso.

Así, Sres. Diputados, llegó un día en que quiso encontrar un pueblo y sólo encontró un campamento; y cuando aquel campamento fué deshecho, en realidad fué deshecha una gran nación.

Jamás aquel hombre mostró tanto tino, tanta inspiración, tanta grandeza, como en las campañas de 1813 y de 1814. Jamás aquel gran estrategia (esta fué, la estrategia, la primera cualidad de su carácter y de su genio), jamás puso la mano con tanta exactitud donde había puesto el pensamiento. Y sin embargo, ¿qué le sucedió? Que vencidos sus quintos, fueron vencidos los ciudadanos. En su delirio, en su desesperación, preguntaba por qué no había en Francia españoles, por qué no había una Zaragoza, por qué las piedras no se convertían, como aquí en nuestro suelo, en hombres para combatir al extranjero. ¿Por qué? Porque aquí esto nacía de la nacionalidad, esto nacía de la libertad, esto nacía de la voluntad general; y allí había él matado la nación y construido con los quintos hombres mecánicos; y el día que estos hombres mecánicos fueron dispersados por el cañón del enemigo, con ellos se dispersó todo lo que restaba de un pueblo: ¡que sólo viven los pueblos cuando tienen alma, y sólo tienen alma cuando tienen libertad!

Así es, Sres. Diputados, que en Fontainebleau los generales que tanto le debían le obligaron á una ab-

dicación; porque al fin, lo que había nacido de una sedición militar, en una sedición militar debía perecer; que nada hay tan voluntarioso, que nada hay tan cambiante, que nada hay tan movable como la voluntad de los ejércitos.

Y después en Waterlloo, en aquel día de la liquidación, ¿qué le pasó? Volvió de su destierro, llegó á Cambras, atravesó Lyon hasta París: ¿y qué le sucedió? Entonces pudo llamar á todo el pueblo francés; entonces pudo excitarle contra el extranjero: no lo quiso llamar, porque llamando á todo el pueblo llamaba la libertad, llamaba la república. Levantó también un ejército de quintos, y eso le perdió. Su ruina definitiva no consistió en que Crouchy no oyera el cañoneo del monte San Juan, ni evitara la conjunción de los prusianos con los ingleses, no; su ruina definitiva consistió en su política mecánica, en su política falta de resortes morales, en su política menospreciadora del pueblo, de las fuerzas populares, y sólo segura de su autoridad personal, de su estrella personal, de su fuerza personal, secundada por sus soldados mecánicos. Y cuando esto se perdió, ¡ah! no se perdió un hombre; se perdió un pueblo: castigo tremendo que enseña á preservarse de los dictadores y de los Césares.

He aquí, Sres. Diputados, demostrada con la liquidación general del imperio fundado en las quintas, la inutilidad militar, la perversidad social de esa funesta institución. Y sin embargo, nosotros vamos

á tenerlas; vamos á tenerlas, porque se prescribe en ese capítulo; vamos á tenerlas, porque, según un periódico ministerial, se han dado las órdenes para el alistamiento, y vamos á tenerlas, porque las palabras que pronunció el otro día el Sr. Presidente del Consejo de Ministros son una amenaza de que, no solamente caerá sobre nosotros la calamidad de las quintas, sino exacerbada, recrudescida con mayores males para la nación.

Lo primero que hay que hacer para evitar este mal es pensar seria, gravemente, no con proposiciones que se presentan un día aquí y se entierran al día siguiente en otro sitio; lo primero que hay que pensar es en la organización del ejército. Y cuando se trate de esto, la primera idea que inmediatamente se aparece es: ¿por qué tenemos un ejército tan numeroso? Yo no quiero desconocer ninguna razón. Hay una complicación en Cuba, complicación que se acaba, complicación que yo creo se destruirá completamente apelando al remedio único que hay para las complicaciones humanas, al remedio de la libertad. Pero, aparte de esto, ¿qué peligro interior tenemos nosotros, ni qué peligro exterior que justifique tanto y tanto ejército? Interiormente, la conspiración isabelina, un gran estado mayor sin soldados; la conspiración carlista, mucho ejército, no lo niego, muchos soldados, pero soldados campesinos, sin Estado mayor.

Me vais á decir: ¿y la sublevación republicana?

Sobre este punto no hablemos; y digo que no hablemos, porque ya el Sr. Ministro de Estado demostró el otro día que la sublevación republicana había nacido de constantes y perseverantísimas provocaciones. La diferencia que había entre S. S. y el resto del Consejo de Ministros estaba en la oportunidad; pero la política de provocar al partido republicano ha sido ahí convenida, y ha sido por su propio autor sustentada sin ningún remordimiento de conciencia.

Pues bien: el partido republicano sólo pide sufragio universal independiente; derecho de expresión de su palabra y de reunión para organizar sus fuerzas legales; descentralización completa en lo político y lo administrativo; compromiso en todos de atenerse al fallo del pueblo, seguro de que las urnas han de dar todos los progresos, todas las reformas y todas las ideas que el partido republicano profesa y proclama. Por consiguiente, en el interior no tenéis en realidad ninguna dificultad, puesto que el partido más fuerte lo espera todo del sufragio universal. El ejército numeroso es inútil.

Si queréis cuidar de los caminos, para eso hay una Guardia civil; si queréis cuidar de las ciudades, eso debe quedar á los municipios, y aun podéis imitar un ejemplo que no es de lejanas naciones ni de extrañas tierras, el ejemplo de las Provincias Vascongadas. La provincia de Guipúzcoa tiene 200 hombres armados, que le sirven para mantener por completo el orden público.

Por consecuencia, aquí el ejército no se tiene para mantener el orden, no; aquí el ejército lo han tenido todos para grandes cábalas políticas. Pero ya que el ejército es numeroso, ya que es tan excesivo, ¿estuviera al menos bien organizado! Señores Diputados, de los bancos de la oposición han salido miles de observaciones, y á ninguna ha contestado el Sr. Presidente del Consejo de Ministros. Se le ha preguntado con reiteradas instancias para qué le sirven las Direcciones generales, y el Sr. Presidente del Consejo de Ministros se ha callado. Las Direcciones generales quitan unidad y centralización al ejército; las Direcciones generales crean un feudalismo militar; las Direcciones generales consiguen que no esté nunca seguro el Ministro de la Guerra de todas sus armas, pues nadie puede olvidar el ejemplo que dió un Director general del arma de caballería, disponiendo, á espaldas del Ministro de la Guerra, de este arma para derribar al mismo Gobierno que le había nombrado.

Si de las Direcciones generales pasamos á las Capitanías generales, ¿qué significa en cada capital de un antiguo reino, junto á una Audiencia, por ejemplo, un Capitán general? Ese Capitán general no es más que la sombra de un antiguo virrey. Así tiene el palacio más grande; así tiene los honores más aparatosos; así anula completamente la autoridad civil: y donde la autoridad civil está anulada por la autoridad militar, no esperéis nunca que exista la liber-

tad. (*El Sr. Izquierdo*: Pues yo vivo en un piso tercero.) El Sr. Izquierdo podrá vivir en un cuarto tercero; pero seguramente que los Capitanes generales de Valladolid, de Granada y de Barcelona viven en magníficos palacios.

La verdad es que el Capitán general parece una especie de virrey, el Comandante general una especie de gobernador, el Comandante de plaza una especie de subgobernador; y cuando se piensa que todo este organismo se halla rematado por el Ministro de la Guerra, el cual á su vez se llama y es Presidente del Consejo de Ministros; cuando se piensa que él tiene todo el poder político y todo el poder civil, además de todo este inmenso poder militar, se ve con dolor que no importa caigan las dinastías, se derrumben los tronos, pasen regencias y otras magistraturas, se sucedan Ministerios, para que el militarismo quede siempre, ora tomando la forma de Narváez, ora la forma de Prim, ora la forma de O'Donnell, como un mal eterno que ahoga la libertad en el fondo de nuestras combatidas instituciones.

Y ya que he hablado de comandantes de plaza, yo quisiera que el Sr. Ministro de la Guerra me dijese para qué nos sirven tantas plazas fuertes como tenemos. Yo sé de un Director general de Ingenieros que en cierto tiempo llamaba á algunas de estas plazas, no plazas fuertes, sino plazas flojas. Se concibe la importancia dada á las plazas fuertes en los tiempos en que había por toda artillería el ariete, la cata-

pulta ó el fuego griego; en los tiempos en que un pueblo entero se detenía nueve años delante de una ciudad, porque la ciudad era toda la vida. Se concibe aún, que, efecto del gran talento de Vauvan, hace dos siglos tuvieran las plazas fuertes una grande importancia. Pero yo sé que ya Turena aconsejaba á Condé esta fórmula: « Muchos combates y pocos sitios.» En efecto, después de una batalla como la de Rocrois, ¿para qué los sitios? Así es que todas las plazas fuertes se han ganado en los combates y no en los asedios. ¿Qué le importaban á Napoleón I las plazas fuertes del Piamonte si ganaba la batalla de Marengo? ¿Qué le importaban después de la batalla de Jena las plazas fuertes del Oder, si todas le entregaban las llaves? Y sin embargo, ese mismo hombre no aprendió nada de su propia experiencia. En los años 13 y 14 necesitaba 100.000 hombres; se quejaba de no tenerlos, y se reservaba 200.000 en las plazas fuertes, que se entregaron á sus enemigos sin ningún género de resistencia. ¿Para qué nos sirve á nosotros la plaza fuerte de Tarragona? ¿Para qué nos sirven otras de este género? Para tener un comandante de plaza, un comandante de Artillería, un jefe de Sanidad y una porción de empleados, los cuales explican la cifra enorme de ese presupuesto.

Y no digo nada de las escuelas militares, porque en este punto el Sr. Ministro de la Guerra se ha encerrado, no sólo en sus errores, sino en la pertinacia de sus errores. Yo no comprendo tanta inconsecuen-

cia: ¿por qué se ha suprimido la escuela de Infantería y no se han suprimido las otras escuelas? ¿Qué razón hay para esto? Aun suponiendo que una escuela militar deba existir, ¿me quiere decir S. S. por qué tiene una escuela de Ingenieros en Guadalajara, una escuela de Caballería, que ahora se va á transformar en escuela de herradores, pero al fin una escuela de Caballería en Valladolid, y otra escuela de Estado mayor en Madrid? Esto acarrea graves males.

Si queréis conservar las escuelas militares, tened una sola, por algunas razones, y la primera salta á la vista: porque hay ciertas asignaturas, como el cálculo infinitesimal, como el cálculo integral, la táctica y otras mil, que lo mismo son para el artillero que para el ingeniero, lo mismo para el caballero que para el infante, y con un solo catedrático ocurrís á todas las necesidades de la instrucción pública militar.

Además, hay en nuestro ejército (y el Sr. Presidente del Consejo de Ministros debe mirar esto como observador que es), hay en nuestro ejército grandes rivalidades; los artilleros se creen superiores á los de infantería; los de Estado mayor se creen superiores á los de caballería, y esto no sucede en Francia. Allí hay camaradas de todas armas; allí se tutean los diferentes individuos de las diversas armas, porque han estudiado á un mismo tiempo; allí además hay otra cosa que no tiene nuestro ejército: hay una gran fra-

ternidad entre el oficial y el soldado. ¿Lo conocéis aquí? ¿La hay aquí, en un pueblo tan democrático como es nuestro pueblo? Y esta importancia que el oficial da al soldado, trasciende luego á la sociedad, porque á su vez el pueblo no se desdenea de tratar con el soldado, mientras que aquí entre el pueblo y el soldado hay un abismo. El primer soldado del mundo, que es el soldado español, tan sobrio, tan paciente, tan leal, tan íntegro, tan sufrido, tan valeroso, con la impetuosidad del galo en el empuje, con la resistencia del inglés en la retirada; el primer soldado del mundo, que aun recuerda aquellos tiempos de Pavía en que demandaba mucho combate y poca paga; ese soldado, sin embargo, cuando llegan las guerras civiles (yo me acuerdo con horror del día 22 de Junio), tiene una saña increíble contra el pueblo, saña que nace del aislamiento en que lo dejan vuestras funestísimas instituciones.

Y todo esto, que tiene su aspecto social tan grave, trasciende mucho á la vida económica del país, trasciende mucho al presupuesto militar.

Yo en esto de números soy muy poco fuerte; pero he leído una Memoria que no era de un republicano, sino de un monárquico; que no es de un individuo de la minoría, sino de un individuo de la mayoría; una Memoria ó un voto particular, ó unos considerandos escritos por el Sr. Herrero, estadista profundo, y en los cuales he encontrado datos preciosísimos. Por ejemplo, dice el Sr. Herrero (si yo me

equivoco, con S. S. tendría que habérselas el señor Presidente del Consejo de Ministros), dice el Sr. Herrero: «El soldado español cuesta 200 reales más anualmente que el soldado italiano, que el soldado austriaco y que el soldado belga. El soldado español cuesta 300 reales más al año que el soldado francés. El soldado español cuesta 900 reales más al año que el soldado prusiano. El soldado español cuesta mil y tantos reales más al año que el soldado ruso.»

Después, señores, tenemos una Plana mayor general inmensa, numerosísima; y á pesar de que es tan inmensa, de que es tan numerosa. y que de mal tan grave se han quejado todos los escritores y todos los publicistas, continúa y se agrava, y todos los oficiales generales, no obstante tanta Capitanía general y tantas Direcciones, que hay en activo servicio, sólo son 111. Hay 553 que no hacen nada, y estos 553 cobran 16 millones de reales.

Luego hay 4.000 oficiales de reemplazo, los cuales cobran 17 millones de reales; y luego hay, entre alféreces que han de entrar en activo servicio y entre oficiales de doble reserva, otro número grande, que cuesta 17 millones de reales. El presupuesto de la Guerra, á pesar de estar fijado en 360 millones, bien cuesta 400 para el ejército activo; que luego el ejército inerte, y le llamo así porque no hace nada, el ejército de reemplazo y de retiro cuesta 130 millones de reales. Y además, por la ley de retiros, á los veinte años se puede retirar un militar muy fuerte y

muy enérgico, con el 30 por 100 de su sueldo. Así hay quien puede retirarse á los cuarenta años de edad con 16.000 reales vitalicios, y hay quien puede retirarse teniendo treinta y cinco años de servicio, con el 90 por 100 de sueldo. De esta manera se han aumentado de cincuenta y tantos millones los retiros á setenta y tantos millones desde el año de 1854 hasta hoy.

¿Crean los Sres. Diputados que de esta manera puede nuestro presupuesto aliviarse? ¿Crean los señores Diputados que si no se alivia el presupuesto, si no se descarga al pueblo de estas grandes obligaciones, sea posible fundar la libertad? Pues yo lo creo completa, absolutamente imposible; y por eso en la enmienda que he presentado propongo que se traiga aquí una ley de ascensos, y al mismo tiempo se traiga la organización del ejército, no como la quiere el señor Presidente del Consejo de Ministros, sino reduciendo todo el ejército á una reserva nacional.

¿Y cómo? No son posibles los ejércitos de quintos. Y la experiencia demuestra que tampoco son saludables los ejércitos voluntarios. ¿Por qué? Porque los arrastra, en verdad, tras de sí un general feliz, un dictador, y se convierten en instrumento de su ambición y de sus planes, perturbando con ello la sociedad.

El espectáculo de lo que han sido los ejércitos voluntarios se ve en el imperio romano, como se ve en el imperio francés el espectáculo de lo que han

sido los ejércitos quintados. El voluntario es mercenario, el mercenario es pretoriano, y el pretoriano es constantemente una causa de perturbación y de ruina.

Así, cuando cae la república; cuando los generales y los soldados romanos desaparecen aplastados entre las piedras que se llamaron las rivalidades de Mario y Sila, y más tarde las rivalidades de César y Pompeyo; cuando Roma se ve obligada á reclutar gente por dinero en todos los ámbitos de la tierra, entonces unas legiones proclaman á Augusto; otras, las de Egipto, proclaman á Antonio; las legiones de las Galias y de España levantan á Galba contra Nerón; las legiones de Roma levantan á Othon contra Galba; las legiones de Pannonia levantan á Vitelio contra Othon; las legiones de Oriente levantan á la familia Flavia contra Vitelio, hasta que, por fin, el último de esa familia, Domiciano, cae herido en medio de su palacio; y luego, más tarde, muerto Pertinax, los pretorianos de Roma, no sabiendo qué hacer de aquella corona y de aquel manto ensangrentado, lo echan sobre los reductos y sacan á pública subasta toda la gloria y toda la majestad del imperio.

He ahí lo que son esos ejércitos. Por consecuencia, no los puede haber de quintos, no los puede haber de voluntarios. ¿Qué es necesario? Que haya ejércitos de ciudadanos. Y para haber ejércitos de ciudadanos, es indispensable que no sean como quiere el general Prim; es indispensable que no tengan que servir forzosa y necesariamente seis años, porque

entonces todos los pueblos pedirían la quinta, y la pedirían á grito herido, prefiriéndola á semejante gravamen.

Hay dos sistemas de tener ejércitos de ciudadanos, ó mejor dicho, tres. Hay el sistema de los Estados Unidos, que condensan un ejército, y que luego lo deshacen, vendiendo el material y convirtiéndose en trabajadores ordinarios los grandes generales.

Esto no puede ser en España, porque, naturalmente, nos encontramos en Europa.

Hay otro sistema, que es el prusiano. La nación prusiana es la nación más militar de Europa. No tenía territorio, y necesitó ganarlo con la punta de su espada. No tenía fronteras, y necesitó trazarlas con el filo de su espada. Desde el Gran Elector, la historia de la táctica prusiana es casi la historia militar de Europa. Federico I abolió las antiguas lanzas, organizó la infantería y dejó 30.000 hombres de ejército en una población de poco más de un millón de habitantes. Federico Guillermo I organizó los reclutamientos, los dividió por cantones, fundó la administración militar, dió á la disciplina vigor y á los fuegos de infantería vivacidad. Con estos precedentes, el Gran Federico trajo una revolución á la táctica, que privó hasta la aparición de Bonaparte, el cual parece haber legado su genio, no á los franceses, sino á los prusianos, como lo demuestra la admirable campaña de los ocho días y la rápida victoria de Sadowa.

¿Y cómo, de qué manera ha constituido Prusia su ejército? Lo ha constituido dividiéndolo en varias categorías.

Cuando Napoleón el Grande venció á los prusianos, les obligó á no tener más que 49.000 hombres de ejército. Para burlar aquella imposición del vencedor, todos los años sacaban 49.000 hombres, los adiestraban, y luego los mandaban á sus casas: de suerte que se encontraron en 1815 con un grande ejército, y este ejército demostró su pujanza en Waterloo. Y luego dijeron: de veinte á veintitrés años, todos soldados; de veintitrés á veintiséis, en la primera reserva; de veintiséis á veintinueve ó treinta, en el landwher primero; de treinta á treinta y nueve, en el landwher segundo. Y todavía queda una palabra alemana antigua que yo no recuerdo, y en la cual están comprendidos todos los que se han librado de este género de organización desde diez y siete á cuarenta y nueve años.

Pues bien; esto no podemos nosotros de ninguna manera admitirlo. ¿Y sabe el Sr. Presidente del Consejo de Ministros por qué no podemos admitirlo? Porque nosotros no nos encontramos en la posición que Prusia. Nosotros tenemos estas cosas que hacer: reivindicar á Gibraltar, unirnos con relaciones libres á Portugal, y luego colocarnos á la cabeza de la raza latina en América, también por relaciones libres, recomendándoles unidad é incitándoles con todo género de medios morales á fundar la confederación,

contra la cual se estrelló el instinto avasallador de la raza sajona. Mas para todo esto no necesitamos ni un solo soldado, ni uno solo. Pues qué, si fuéramos á conquistar á Gibraltar, ¿no nos pasaría lo que á Carlos III?

Y cuando hay en el Gobierno inglés ministros que han sostenido la devolución de Gibraltar, ¿no podremos conseguir de esa nación lo que ha conseguido Grecia?

Ahora bien: ¿creéis que nosotros podemos ni debemos hacer con Portugal lo que ha hecho Prusia con el Hesse Electoral, con el Hannover y con Sajonia? De ninguna manera; ni podemos, ni debemos, ni queremos. Nosotros nos uniremos con Portugal por relaciones libres. Y en América, ¿tenemos nosotros algo que hacer con el ejército? ¡Oh, cuán caro nos ha costado el recuerdo de Hernán Cortés y de Pizarro, la reivindicación de las islas Chinchas, la reincorporación de Santo Domingo! Gracias que el general Prim comprendió en un momento de súbita inspiración todos los males que podían habernos venido por querer contrarrestar la gran corriente de la independencia, de la democracia y de la república en América, que si no, hubiéramos salido más flacos todavía que el Imperio francés de aquella inmensa catástrofe de Méjico.

Por consecuencia, aquí, para los grandes fines que nuestra nacionalidad debe cumplir, no necesitamos el ejército prusiano que ha de combatir aún con la

Francia, y que tiene todavía la espina del Austria. Yo lo digo, no porque yo sea, como soy, republicano federal; yo lo digo por convicción; yo creo que ningún ejército ofrece espectáculo más grande que el que ofrece el ejército de Suiza. Me importan poco las instituciones federales que Suiza tenga; me importa poco el genio de su democracia y de su gobierno; me limito al ejército, y si lo encontrara en Bélgica, lo alabaría como en Suiza. Pero lo que digo es que allí está la verdadera organización del ejército.

Recorred desde Basilea hasta Ginebra; no encontraréis un soldado. Y, sin embargo, aquel pueblo puede poner 200.000 hombres en pie de guerra; y esos 200.000 hombres no le cuestan más que 20 millones de francos al año. Y tiene cañones rayados, armas de precisión, y hace grandes rutas estratégicas al través de los Alpes inaccesibles. ¿Y cómo? Porque allí sabe todo ciudadano que es elector, que es elegible, que es juez ó jurado, que ejerce toda su actividad, que tiene su soberanía, y que al mismo tiempo está obligado á defender la patria y á servirla como soldado en los grandes trances á que pudiera verse expuesta su nacionalidad y su independencia. Pero como quiera que el ejército es un ejército de ciudadanos, nadie le molesta; el soldado tiene su uniforme en su casa, tiene su arma en el parque, y en Septiembre ó Agosto va á hacer un ejercicio, que no pasa de ocho días. Y he aquí todo el servicio mili-

tar de Suiza, y he aquí resuelto el problema. Nosotros, ¿por qué no habíamos de realizarlo? Todavía comprendo yo que Suiza, enclavada en Francia, enclavada en Italia y enclavada en Alemania, tuviera terror á sus tres poderosos rivales, á pesar de la promesa de neutralidad que le han dado las naciones, porque no sería la primera promesa que las naciones han dado y no han cumplido.

Pero nosotros, con el Pirineo y los mares Atlántico y Mediterráneo; nosotros, con nuestra reputación en Europa; nosotros, con los recuerdos de la guerra de la Independencia; nosotros, con nuestra separación casi insular del continente, nosotros nada tenemos, absolutamente nada, que temer del mundo.

Por consecuencia, no necesitamos para nada este gran ejército; y podemos transformarlo todo entero con una reserva nacional, dejando la Plana mayor, aunque con aquellas economías que, sin faltar á la equidad, sirviesen de respiro á nuestro esquilmo Tesoro.

Esto me parece justo, justísimo. Esto debía aceptarlo el Sr. Presidente del Consejo de Ministros, ya que ha aceptado las bases del sufragio universal y de los derechos individuales, sobre los que no se pueden levantar esos grandes ejércitos con que el Sr. Presidente del Consejo sueña.

Nosotros podíamos haber dado ejemplo en Europa; nosotros podíamos haber separado la Iglesia del Estado antes que ningún pueblo; nosotros podíamos